

EL SABER

Hugo Tagle Martínez

Profesor de Historia y Filosofía de Derecho

En este trabajo procuramos dar algunas nociones básicas acerca del saber, que permitan distinguir los distintos aspectos del mismo.

1. LA PALABRA: DEFINICIÓN NOMINAL

El verbo saber deriva del latín, como la mayor parte de las palabras de nuestro idioma castellano; deriva de modo directo e inmediato de los verbos scio, scire, que significa saber y posiblemente, también, del verbo sapio, sapere, que significa saborear, tener saber, gustar, como también juzgar, entender, y de sapor, que significa gusto, sabor.

Según lo dicho, es posible que el primer saber que tuvo el primer hombre adulto —y que tiene siempre el recién nacido, aunque no en el orden jerárquico, pero sí en el vital de la subsistencia física— fue y es el de distinguir las cosas que le podrían servir de alimento de las que no; fue y es el saber de saborear lo que es agradable al paladar, lo que es adecuado a él para ingerirlo y de rechazar lo que es desagradable o inadecuado.

Aun cuando sin derivar de él, significa lo mismo —en general—, que conocer, que es la traducción al castellano del verbo latino cognosco, cognoscere, que tiene la misma raíz que cognatio y cognatus, que significan vínculo de sangre, relación, afinidad, similitud y unido por la sangre, semejante, respectivamente; el verbo, el adjetivo y el sustantivo señalados derivan de cum natus, cum-nascer, que significan el que nace con, nacer con, que aplicado a la relación intelectual del hombre con un objeto significa que el sujeto —que sabe o conoce— y el objeto —que es conocido

o sabido por aquél— en cierto sentido nacen juntos por el conocimiento o saber, no en cuanto al ser de cada uno de ellos independientemente o a su existencia, sino que en su relación actual o que se actualiza por el saber o conocer que los vincula.

Decíamos que saber y conocer son términos sinónimos para casi todos, ya que este último verbo —que en hebreo se dice yadaa, hiqin o hebin— significa estar con el ser, estar junto con el ser, poseerlo no sólo con el entendimiento —como es el sentido griego del saber—, sino que también con el corazón, con todo el cuerpo, pues para el idioma hebraico, que está vertido principalmente en la Biblia, no hay distinción entre entendimiento y voluntad, entre espíritu y materia o cuerpo, sino que todo el ser es quien conoce, pues ve al hombre como una unidad indiscernible.

A pesar de lo dicho, esta distinción tan fina entre saber y conocer —que es la expresión diferente de enfrentar al hombre y al mundo que distingue al griego del hebreo, y que es patente en los textos de una y otra cultura— no existe para la nuestra, la cultura cristiana, que en el orden filosófico, se acepte o se niegue la existencia de una filosofía cristiana, se nutre de ambas fuentes; es así como en el lenguaje común y también en el filosófico, saber y conocer son considerados términos sinónimos y, si no fuere así, en este trabajo les damos el mismo significado.

Grande es, en cambio, la diferencia entre pensar y saber o conocer; el único aspecto en el que coinciden, además de ser ambos productos del espíritu expresado en el entendimiento, es en el que uno y otro necesitan para comenzar a existir la existencia

del ser, de un ser que les sirva de punto de partida. En efecto, sólo se sabe o se piensa al ser, pues no es posible saber o pensar algo del no ser, de lo que no es, de la nada, ya que de la nada no es posible saber ni pensar nada.

En el caso del pensar humano, que no es creador como el pensar de Dios, que crea a partir de la nada formal y material, el hombre necesita del ser para comenzar a pensar, ya que si no existiese ser alguno, aparte del entendimiento humano no podría haber pensamiento del hombre; ahora bien, este ser es nuestro propio cuerpo que nos permite hablar de entendimiento y pensar humanos; a partir del ser el hombre puede pensar, y es así, por ejemplo, que a partir del planeta Tierra el hombre puede pensar que este cuerpo es cuadrado, pero no podría pensar nada sobre él si no existiese; una vez hecho este primer contacto, el pensamiento humano puede divagar creadoramente si reconoce una realidad que le sirva de fundamento, o destructoramente si prescinde de ella.

Así entonces, en el saber o conocer humano su operación está siempre ligada, dependiente del ente sobre el que se detiene el entendimiento, de tal modo que para actuar creadoramente tiene que comenzar por iluminar o patentizar una realidad obscura o latente al entendimiento o espíritu, y a partir de este descubrimiento el pensamiento puede ser creador.

2. ¿EXISTE EL SABER?

Contestamos que sí, que sí existe el saber, y nuestra respuesta es afirmativa, porque donde quiera que dirigamos nuestra mirada vemos que existe; lo vemos en la naturaleza, en todos —aun cuando en distinto grado— los artificios creados por el hombre, ya sea libros, o los demás objetos hechos por él y, por último, lo vemos en los hombres mismos.

Vemos el saber en la naturaleza; al contemplar el cielo y la tierra y todas las cosas no hechas por el hombre que existen en ellos, comprobamos

que son un reflejo, que son un efecto, que son una huella de la sabiduría de su autor; ellas nos manifiestan la infinita sabiduría de su creador, pues ellas contienen una parte del saber de quien las hizo; ellas son saber aprisionado en la constitución de la materia sin vida, en la vida del vegetal y en la del animal. Por lo dicho es perfectamente válida la expresión sabiduría de la naturaleza, porque ésta ciertamente la tiene, por su constitución y por los movimientos que realizan sus integrantes para obtener su fin, todo lo que es manifiesto a los ojos y entendimiento del observador.

Por ello, cuánta verdad encierran las palabras del Salmista al decir: "¡Cuántas son tus obras, oh Yahvé, y cuán sabiamente ordenadas! Está llena la tierra de tus beneficios" (Salmos, 104, 24), como también al decir que "los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmos, 19,2).

Vemos el saber en los artificios creados por el hombre. Si son libros, lo vemos no tanto —porque es muy secundario— en la materialidad de sus hojas, sino que principalmente en las ideas impresas en ellas, que es saber escrito, aun cuando no siempre, ya que para serlo debe ser verdadero, pues el saber falso no es saber sino que error, o peor aún, ignorancia, nada. Si son cosas que no sean libros, es decir, todo lo demás de carácter artificial, lo vemos en la constitución o factura de las mismas, así como en la adecuación u ordenamiento a la finalidad para la que han sido hechas; ellas manifiestan el saber del hombre que las hizo; ellas son también saber aprisionado en la constitución de la materia sin vida que recibe la forma del hombre, o bien, en la estructura u ordenamiento externo de seres vivos, ya sean vegetales o animales. Por lo dicho también sería perfectamente válida la expresión sabiduría de las cosas, como sinónimo de artificios, porque ciertamente la tienen, aun cuando no siempre, porque la sabiduría de su autor, que es el hombre, no es perfecta como la del creador de la

naturaleza y, por tanto, ellas son muchas veces, al parecer demasiadas veces, imperfectas, es decir, contienen una sabiduría o saber limitado, parcial.

Vemos el saber en el hombre, por último, en todo el hombre y en todo hombre. En todo el hombre vemos el saber, porque todo él contiene el saber de quien lo creó, sabiduría acumulada que maravilla a quien lo estudia, cualquiera sea la perspectiva en que se le analice. En todo hombre también vemos el saber, pues ninguno carece de él, aunque sea el primerizo y de subsistencia corpórea hasta el más elevado e inefable que es el espiritual de la contemplación mística de Dios.

En todo hombre vemos el saber, pero de modo ejemplar en el sabio, que es aquel hombre que sabe no tanto acerca de la naturaleza y de los artificios hechos por el hombre, sino que sabe acerca del hombre mismo, que lo conoce en general y que de modo especial se conoce a sí mismo; pero como el saber natural del hombre sobre el hombre no agota ni es el definitivo saber del hombre, ni tampoco el hombre es el ser más importante por conocer, sino que Dios, y a El se le conoce más plenamente por el saber sobrenatural que por el natural, el hombre más sabio, en quien vemos el saber más alto, la sabiduría más perfecta, es el santo, que es aquel hombre que realiza en sí mismo el pensamiento que Dios tiene sobre él, porque conoce el querer de Dios y lo cumple.

3. CÓMO SE NOS APARECE O PRESENTA: GRADOS DEL SABER.

El saber no se nos aparece o presenta como un todo monolítico, sin fisuras que permitan o incluso exijan una distinción o gradación. No; en el saber distinguimos tres grados y en el último distinguimos dos subespecies o grados; a su vez, en cada grado distinguimos un saber teórico y un saber práctico o aplicación de aquél.

Los grados que distinguimos en el saber son: primero, **saber común**, se-

gundo, **saber de aficionado** y tercero, **saber culto**, en el que distinguimos un saber especializado y un saber universal o universitario; además, como ya lo señalamos, en cada grado del saber existe el saber teórico y el saber práctico.

El saber teórico o contemplativo consiste en un saber que es un reproducir en la mente el objeto por conocer; se lo llama también saber especulativo, de *speculum*, espejo, ya que refleja en el entendimiento el objeto puesto ante él. El saber teórico enriquece intelectual o espiritualmente a quien lo adquiere.

El saber práctico o de ejecución se lo puede entender, ya sea como saber técnico o como la aplicación del saber, así como el ser del efecto es la aplicación del ser del de la causa; en este número lo entendemos en el segundo sentido indicado. El saber práctico, así entendido, enriquece integralmente a quien lo adquiere o ejecuta.

3.1. *Saber común: teórico y práctico.*

El saber común, que también denominamos vulgar o de ambiente, es aquel que el sapiente, es decir, quien lo adquiere y que no merece el nombre de estudiante, por lo que a continuación diremos, logra conquistar sin esfuerzo especial alguno —sin estudio— de los otros, del prójimo, del pueblo, pero no de los libros, aunque sí posiblemente de diarios y revistas informativas generales que están dirigidas al común de los hombres.

Este saber, en amplitud y profundidad no es necesariamente de baja calidad, ya que depende del ambiente en que se encuentre el sujeto que lo adquiere; así, si el saber de las personas que lo rodean es de calidad, el saber común de quien lo adquiere de ellas será de parecido nivel; por el contrario, si no lo es, es posible que el saber de quien lo adquiere de ellas sea igual o más bajo aún.

En el saber común, por bajo o mínimo que sea y con mayor razón si

es elevado o mayor, hay una dimensión teórica y otra práctica; la primera, consiste en solo un conocimiento especulativo, que, como lo indica la palabra, sólo reproduce o refleja en la mente del sujeto cognoscente el objeto por conocer que llega a ser conocido; la segunda, que es una extensión o aplicación del primero y por tanto sin el que no puede existir, consiste en aplicar el saber especulativo o teórico, ya sea al propio sujeto o a objetos ajenos a él.

En este nivel o grado de saber, lo general es que haya coincidencia entre saber teórico y saber práctico, es decir, que toda la teoría se aplique, mejor o peor, según la voluntad del sapiente, ya que en este nivel todo el saber es para la práctica, para la práctica de subsistencia física o corpórea con un mínimo de saber para la práctica de subsistencia espiritual.

3.2. *Saber de afición: teórico y práctico*

Este saber es el que se adquiere con algún esfuerzo, menor o mayor, según la pretensión del sapiente, es decir, de quien quiere conquistarlo; por lo dicho, quien logra el saber de afición merece el nombre de estudiante, pues debe aplicar su inteligencia, voluntad y afecto a un ser para asimilarlo, ya sea en la perspectiva científica, filosófica o teológica.

Este saber se encuentra en revistas de divulgación que se especializan en determinadas materias y que dan un saber que se caracteriza por no ser sistemático u ordenado, ni por dar —no siempre— la razón última de sus afirmaciones; también se lo encuentra en personas que han adquirido saber por la lectura de libros, que si son los mejores, por este medio pueden conquistar el saber más alto que el hombre puede adquirir.

Este saber es el saber del estudiante, como ya lo hemos señalado, pero no es el saber del alumno, del escolar, es decir, de quien es discípulo de un profesor, con quien tiene una relación personal y permanente, de quien per-

tenece a una escuela; quien logra el saber de afición es un estudiante solitario, que sin la ayuda de nadie se lanza a la aventura del conocer más profundo y posiblemente más amplio; este saber es el del estudiante, esto es, de quien aprende por sí mismo, de quien se dicta, dirige, enseña a sí mismo, cogiendo del ambiente, sin guía alguno, lo que considera mejor para conquistar el saber.

Este saber de afición es el que han iniciado los descubridores de nuevos saberes, los que no han sido discípulos de nadie en el nuevo saber, porque han sido los primeros; a estos hombres, a estos grandes hombres se los llama los padres de la ciencia, los padres del saber descubierto por ellos; así, de la historia, Herodoto; de la filosofía, Tales de Mileto, o con mejor título, Sócrates; de la medicina, Hipócrates; de la física, Arquímedes; de las matemáticas, Pitágoras; de la geometría, Euclides; de la lógica, política y economía, Aristóteles, etc.; todos los cuales fueron los primeros aficionados que por su dedicación e inteligencia no sólo crearon un nuevo saber, elevándolo por sobre el saber común, sino que lo llevaron al nivel superior de saber culto o académico.

Este saber de afición surge del plano del saber común, como el monte del valle, solitario, aislado, azotado por todos los vientos que quieren, por la crítica, allanarlo hasta reducirlo a planicie, pues se lo considera, en sus comienzos, una locura y locos a sus cultivadores, un atentado al saber común que no acepta distingos por considerados un obstáculo al fácil andar por senderos trillados de tanto ser caminados.

En este nivel o grado de saber lo general es que también haya coincidencia entre saber teórico y saber práctico, esto es, que toda la teoría se aplique, pues en este nivel de saber casi todo él ha sido conquistado para ser aplicado, para modificar la naturaleza, haciéndola servir mejor al hombre, como también para conocer mejor al hombre y mejorarlo en su ser y actuar.

3.3. *Saber culto: teórico y práctico.*

A este nivel de saber se lo puede denominar también saber escolar, superior, académico o universitario. A este saber se lo adquiere con esfuerzo, con dedicación sistemática o regular, y a quien lo pretende adquirir se lo denomina con propiedad estudiante, mejor aún, universitario, ya que sólo se lo puede adquirir en el centro de estudios superiores que es la universidad.

Este nivel de saber se distingue del anterior por ser un saber que se da y se conquista de modo ordenado, sistemático; es el saber dado por la universidad por intermedio del profesor, que es el saber más amplio y profundo que se puede enseñar, pues de lo contrario deja de ser universidad por no impartir un saber culto, esencial.

Este saber culmina con la definición del ser estudiado, que corresponde a su comprensión más profunda y que en el nivel superior o académico pertenece al saber filosófico, que es el saber que conoce a los seres por sus causas últimas.

Por ello es que el saber proyectado hacia su más alta expresión crea la universidad y por ello es que la universidad es la institución sustentadora y creadora de cultura, así como también lo son quienes han sido y son sus profesores y sus alumnos, siempre que estos últimos hayan recibido el grado académico que los acredite como universitarios no en potencia y desarrollo, sino que como universitarios realizados o recibidos.

Este saber culto surge del nivel del saber de afición, que, como lo decíamos, no es del nivel generalmente chato del saber común, sino que superior a él y que al ser crecientemente cultivado da origen, a partir del solitario y combatido monte del comienzo, a una verdadera cordillera de saber, fuerte, maciza, que domina con seguridad a los anteriores saberes, dándole a quien posee este saber culto la misma macidez y fortaleza.

El saber culto se caracteriza por el equilibrio de profundidad y amplitud

con que conoce la realidad. La realidad, es decir, todo ser, con excepción de Dios, puede ser objeto de estudio en un doble plano o perspectiva, siendo uno el plano o visión temporal o histórico y el otro el plano o visión jerárquico o del ser en sí; el primero es horizontal y el segundo es vertical, por tanto, éste corta perpendicularmente al anterior.

Todo ser, salvo Dios, puede ser objeto de estudio temporal u horizontal, que lo representamos por una línea que comienza en el pasado, que llega hasta el presente y que la podemos proyectar hacia el futuro; también todo ser, salvo Dios, puede ser objeto de estudio jerárquico o vertical, que lo representamos por una línea que comienza en el cómo es el ser, cómo funciona y para qué sirve, nivel que es el de la ciencia experimental, que asciende elevándose hasta preguntar qué es el ser, cuál es su origen y fin, nivel que es el de la filosofía y, por último, elevándose todavía más puede llegar al superior nivel, cumbre insuperable para el conocimiento humano, salvo el conocimiento de fe, que es el estudio de Dios y del hombre a partir de la revelación y de su relación con el mundo y el hombre, considerando esa misma revelación, todo lo cual puede denominarse, en general, teología.

Dios, como lo decíamos, no puede ser objeto de estudio y conocimiento científico o experimental, ni tampoco temporal, porque es espíritu puro, porque es acto puro; por tanto, no es manipulable ni es sujeto posible de cambio.

En esta visión del saber su núcleo está en la intersección de las líneas horizontal y vertical que estudian al ser en su realidad actual o presente y en su realidad esencial o realidad radical o filosófica; este en el centro medular del saber culto sobre cualquier ser, saber que puede profundizarse y ampliarse hacia el pasado y futuro, como hacia su materialidad atómica o hacia su relationalidad con Dios.

El saber culto es aquel que es el más profundo, y el más amplio y que comprende a mayor cantidad de seres, en especial aquellos que son los más importantes.

En este nivel o grado de saber, lo excepcional es que haya coincidencia entre saber teórico y saber práctico, es decir, que todo el conocimiento se aplique, pues la capacidad de conocer o de teorización del hombre es mayor que su capacidad de aplicación de lo conocido; podríamos decir que su entendimiento es más rico que su voluntad, o que no todo saber de este nivel es posible aplicar; en verdad, son ambos factores los que hacen que no coincida la teoría con su aplicación.

Este tercer grado del saber, en el que incluimos dos modalidades de saber, que son el especializado y el universal, no está en la línea de los dos anteriores, ya que no es este tercer grado la culminación del segundo, así como éste es la coronación del primero.

Este tercer grado del saber es parcialmente independiente de los anteriores, aun cuando el saber especializado surge del saber de afición y el saber universitario surge del saber culto si le damos a éste una amplitud y profundidad que coincida con la profundidad y amplitud de aquél.

El saber especializado consiste en un conocimiento muy profundo de una parte de la realidad total, acompañado de un desconocimiento equivalente de la parte circundante a aquella, es decir, del resto, que es la mayor parte.

El saber universitario consiste en un conocimiento culto de la realidad total, a partir del cual o dentro del cual se tiene un conocimiento especializado de una parte de esa realidad. Este saber es un saber especializado al que se agrega, integrándose a éste, el saber sobre la totalidad de la realidad.

El saber especializado es el que hace al especialista, que es un hombre que sabe mucho, muchísimo sobre casi nada; el saber universal, por el contrario, es el que hace al universitario, un hombre que sabe cultamente sobre todo, que tiene una cosmovisión bien

fundada, a la que agrega un dominio especialmente profundo sobre una parte de este todo.

El saber especializado que generalmente versa sobre algún aspecto de la naturaleza, por su concentración, puede ponerse íntegramente en práctica, pero el hombre que tiene sólo este saber y que sólo a través de este prisma ve su circunstancia y actúa, empobrece su ser y vida hasta hacer de aquél y de ésta una pequeña ruedecilla en la máquina del mundo, pues como a máquina ve al mundo el especialista, que generalmente es el científico de la naturaleza.

El saber universal, en cambio, por su amplitud, es prácticamente imposible que el hombre lo pueda aplicar en su integridad, como también porque parte de él es sólo teórico, es decir, contemplativo, que sólo enriquece al que lo tiene por hacerlo poseedor de la verdad; pero quien logra poseer este saber universal, como también aplicarlo, aunque parcialmente, por ver a través de este prisma su circunstancia y poder actuar según esta visión, enriquece su ser y vida hasta hacer del que sabe con este saber un hombre integral, que es el universitario, que es una creación multifacética.

4. ESENCIA DEL SABER: CAUSAS FORMAL Y MATERIAL. CLASES DE SABER.

La esencia del saber, como la de todo ser, se refiere a sus dos elementos intrínsecos que lo constituyen, que son sus causas formal y material. A su vez, la causa formal, que es una sola, en el saber se desglosa o especifica en varias, que estudiamos a partir del número 4.3. de este trabajo, lo que da origen a la clasificación del saber en distintos saberes.

4.1. *Causa formal del saber.*

Entendemos por causa formal del saber al entendimiento humano que se abre ante el ser para captarlo en una determinada perspectiva de su ser, pues el entendimiento del hombre es como una lente de una máquina

fotográfica, por la cual y a cuyo través vemos y conocemos a los seres reales y a sus relaciones, como a los seres ideales y a sus relaciones.

Al entendimiento lo podemos dirigir al ser para enfocarlo, es decir, iluminarlo para que sólo contemple, expectante y sobrecoigido, el ánimo por lo que descubra en él, o dirigirlo para que, además de contemplarlo, se afane en su modificación; también lo podemos dirigir hacia el pasado para que contemple los hechos que han sido; hacia el presente para que conozca lo que hoy ocurre; hacia el futuro para que de-vele, descubra los hechos que podrán ser; también lo podemos dirigir hacia la profundidad del ser para conocer su esencia física, para desentrañar sus secretos de funcionamiento, hacia el mismo ser para conocer su esencia metafísica, hacia el mismo ser, en especial al espíritu puro, a la causa primera, para conocerlo no sólo con el prisma de la razón, sino que también con el de la fe, también lo podemos dirigir para que trabaje por gradación o metódicamente, así como una fotografía de larga exposición de la lente frente al objeto, o, para que sin trabajo, sino que con la rapidez de la luz, conozca en un instante, así como una fotografía instantánea; por último, en el sentido más amplio y general, el entendimiento, causa formal del saber, puede ver y conocer a los seres que están dentro de su horizonte de capacidad natural o —proposición verdadera sólo para quien tiene fe religiosa— sin ver intelectualmente, aceptar como verdad, como realidad objetiva lo que la voluntad le indica como existente, como objetivo posible para la lente del entendimiento, aunque al objeto por su lejanía no lo pueda recoger o registrar.

El entendimiento es causa formal del conocimiento y se adecua a la realidad que quiera captar o conocer según sea la intención del cognoscente, así como el fotógrafo adecua la lente de la máquina fotográfica según sea lo que quiera captar del objeto por fotografiar.

4.2. *Causa material del saber.*

Entendemos por causa material del saber el objeto sobre el cual el entendimiento se posa o descansa; este objeto es el ser o ente, ya sea de naturaleza material o inmaterial, de naturaleza corpórea-espiritual o bien puramente espiritual.

4.3. *Clasificación del saber por su inhesión en el cognoscente.*

Una clasificación o división del saber, a nuestro juicio la primera y más general, es la de saber sensible o saber tenido, de saber natural o conquistado y saber sobrenatural o recibido; esta clasificación atiende a la inhesión o permanencia en el sujeto que conoce del saber respectivo.

4.3.1. *Saber sensible: saber tenido.*

Es el saber fundado en la constitución fisiológica del hombre por la que llega a saber de modo inmediato, directo, sin esfuerzo alguno, ciertas y pocas verdades que afectan a su cuerpo, tales como que el agua sacia la sed, que el calor calienta, que el frío entumece, etc.

4.3.2. *Saber natural: saber conquistado.*

Este saber es el que logra conquistar el entendimiento con su sola capacidad natural; el entendimiento humano está dotado para captar al ser que está dentro de su capacidad de conocimiento natural o racional; ahora bien, esta capacidad la prueba tener el sujeto de este entendimiento, que es el hombre, por medio de la demostración, es decir, razonamiento, ya sea de la existencia o bien de la esencia del ser por conocer o por medio del señalamiento —o mostración, perdónenos el feo neologismo, pero queremos recalcar su diferencia con la demostración— convincente del ser por conocer.

Toda la historia de la humanidad ha consistido, en cuanto al saber, en el esfuerzo del hombre por ampliar y

profundizar el campo de acción de este saber natural; en esta más que milenaria y gigantesca tarea se han distinguido, en primer lugar, no sólo los filósofos, sino que también los teólogos, con Santo Tomás de Aquino a la cabeza.

A este saber natural le denominamos también saber conquistado, porque es el hombre que con su esfuerzo personal lo conquista mediante el estudio, por regla general, como ya lo hemos señalado.

4.3.3. *Saber sobrenatural: saber recibido.*

El saber sobrenatural —o saber de fe como también y usualmente se le denomina— es, según definición de Santo Tomás de Aquino, “un acto del entendimiento que asiente a una verdad divina por el imperio de la voluntad movida por Dios” (S.T. II-II. 9.2.).

Creemos conveniente decir algunas palabras para explicar esta precisa definición, como todas las del Doctor Angélico.

En primer lugar, el saber sobrenatural, de fe, o simplemente la fe, es un acto del entendimiento y no de la voluntad, por la muy simple razón que sólo el entendimiento puede conocer, no así la voluntad que tiene como objeto propio el bien y no la verdad, que es el objeto propio del entendimiento o razón en sentido lato.

En segundo lugar, la verdad divina a que asiente el entendimiento no es sólo el ser de Dios incognoscible para la capacidad del entendimiento humano, sino que además todas aquellas proposiciones y revelaciones de Dios que el entendimiento no puede conocer por sí mismo y que se refieren al hombre, casi siempre, y al mundo, excepcionalmente.

En tercer lugar, la voluntad del cognoscente es la que impera sobre el entendimiento para que acepte como verdad la revelación o proposición divina, lo que ocurre por la acción misteriosa y gratuita de la gracia de Dios, que revela a los ignorantes lo que mantiene oculto a los sabios.

A este saber sobrenatural o de fe lo denominamos también saber recibido, porque para tenerlo o adquirirlo el hombre no realiza ningún esfuerzo, salvo el de pedir la fe; su posesión o recepción es el solo efecto de la gracia de Dios, que ilumina al entendimiento con su luz del modo descrito en la definición.

4.3.4. *Relaciones entre estos saberes*

Bajo este título comparamos al saber natural sensible y racional con el saber sobrenatural.

Por esta comparación deducimos que entre el saber natural y el saber sobrenatural hay armonía sobre la base de su distinción.

La *armonía* consiste en que para ambos saberes el objetivo o finalidad es el mismo, que es la verdad, verdad que es una sola, que es la adecuación del entendimiento al ser o cosa; la verdad es el elemento común al saber natural y al saber sobrenatural.

La *distinción* se produce por el origen, el concepto o referencia, el dominio y la limitación de ambos saberes.

En cuanto al *origen*, en el saber natural reside en la realidad natural, que la pasividad del entendimiento puede captar, ya que el entendimiento capta todo lo sensible; en el saber sobrenatural reside en un don gratuito de Dios, que ilumina al entendimiento comunicándole un saber que éste no podría conquistar por sí mismo; este don gratuito de Dios es la gracia divina.

En cuanto al *concepto o referencia*, el saber natural se refiere al orden natural, constituido por todos aquellos seres que son captables por los sentidos; el saber sobrenatural, en cambio, se refiere al orden sobrenatural, que está constituido por aquel ser, principalmente Dios, en el aspecto que está por sobre el entendimiento humano, como por ejemplo la Trinidad de Personas en un solo Dios.

Dentro del concepto o referencia, el objeto material del saber natural es lo visto, lo evidente para el entendimiento, aquello que es captable por los sentidos; por el contrario, el objeto

material del saber sobrenatural es lo no visto, lo inevidente para el entendimiento del hombre, aún más, lo impensable por él, aquello que los sentidos no pueden absolutamente captar, lo creído —objeto material del saber de fe— no puede ser intuido ni demostrado.

El objeto formal, o aquello por lo que se sabe, en el saber natural es la evidencia intelectual del cognoscente lograda por el estudio del ser natural captable por su entendimiento; en el saber de fe su objeto formal es la autoridad de Dios; el creyente cree en la revelación por ser Dios quien la ha hecho, además de que ésta no pueda provenir de ningún hombre sino que de Dios.

El efecto o vinculación del saber con el sujeto; en el saber natural su vinculación o inhesión en el sujeto que conoce es necesaria, es obligatoria, porque el entendimiento no puede negarse a reconocer lo evidente; en el saber sobrenatural su vinculación o inhesión en el sujeto que conoce es libre, porque el entendimiento puede negarse, de hecho, a reconocer como verdad lo que no le es evidente; el entendimiento puede negarse a aceptar la orden de la voluntad movida por Dios para que acepte una proposición como verdadera, por lo cual el acto de fe es meritorio para el creyente.

Por último, en el sujeto una misma verdad, en el mismo momento y para el mismo hombre nunca puede ser objeto de saber natural y saber sobrenatural, porque no puede ser algo *visum* y *non visum*, acto necesario y libre simultáneamente.

En cuanto al *dominio y limitación*, el saber natural domina y está limitado a aquellos seres accesibles al entendimiento humano; el saber sobrenatural, por el contrario, domina y está limitado a aquellos aspectos de Dios y del hombre cuyo conocimiento es inaccesible al entendimiento humano, como por ejemplo, la Unidad y Trinidad de Dios, la Encarnación del Verbo, los Sacramentos, el pecado original, la resurrección y glorificación

de los cuerpos, la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma al cielo, etc.

Por último, el saber de fe, en especial la fe vivida o práctica, es muy fácil de perderse, es un tesoro huidizo del hombre, que con facilidad se la pierde si no se la práctica; en cambio, el saber natural es más arraigado, una vez que se lo adquiere, aun cuando no se lo aplique es difícil que se lo olvide, es más inherente al hombre.

4.4. *Clasificación del saber por la inmediatez con que se conoce*

Otra clasificación, a nuestro juicio la segunda, es la de saber mediato y saber inmediato; esta clasificación atiende a la naturalidad, en el sentido de facilidad o dificultad con que conoce el hombre.

4.4.1. *Saber mediato*

Entendemos por tal el saber metódico, discursivo, gradual, razonado, que paso a paso va descubriendo, va develando lo ignoto del ser por medio de su estudio y observación atenta, con también de su comparación con otros seres, lo que le permite al cognoscente ir quitando lo que vela o cubre la realidad y, al mismo tiempo, ir captando, apoderándose intelectualmente de ese ser que antes le era ajeno, desconocido.

Este saber, o este modo de saber es el más propio del ser humano, es el que lo caracteriza y distingue por una parte de Dios y por otra del animal. El hombre, en virtud de su corporeidad esencial a él, tiene su entendimiento —que por ello es humano— limitado, circunscrito a tener que conocer gradualmente, que es la consecuencia propia de todo lo material que es cuántico y, por lo mismo, medible, aun cuando por excepción puede el entendimiento humano superar esta barrera y acceder a tener un conocimiento superior en este orden del saber natural.

Por último, este saber da seguridad, es conveniente no sólo para el cognos-

cente que quiere estar seguro, convencido que por este saber logra la verdad, sino que también da seguridad y convence al que no sabe, que por el razonamiento que es propio de este saber, logra por su personal participación en él conquistar la seguridad, convencerse que ha llegado a la verdad.

Este conocimiento se aplica con plena validez en la esfera teórica, en el conocimiento de las ideas.

4.4.2. *Saber inmediato*

Entendemos por tal el saber intuitivo, directo, que en un solo instante descubre, devela lo ignoto del ser en el acto mismo en que es colocado ante el entendimiento del cognoscente; es en el saber sobrenatural el saber místico, en que Dios muestra en un instante al hombre un hecho imposible de conocer por éste; en el saber natural como también en el saber sensible es la intuición en la que ocurre lo mismo, es decir, producida la sensación surge el conocimiento.

Este saber, o este modo de saber es el propio del entendimiento —que es facultad de un ser espiritual— que no está encarnado en un cuerpo material; el espíritu puro tiene un conocimiento directo de la realidad, conoce con la rapidez de la luz, en un instante; ahora bien, el hombre no es espíritu puro, sino que encarnado es ser corpóreo-espiritual y por ello es que su modo de conocer es generalmente mediato o racional, pero, excepcionalmente, casi con el carácter de iluminación divina, puede conocer intuitivamente.

Este saber intuitivo tiene sólo valor para la persona que conoce intuitivamente, la que no puede demostrar su conocimiento a otra convenciéndola con razonamientos, sino que tan sólo con la firmeza de su personal convicción y actuar subsiguiente de acuerdo a tal conocimiento. Este saber, en cuanto a su valor social, se asemeja al saber de fe.

Por último, este saber da seguridad, es convincente principalmente para el cognoscente, pero no para quien no

tiene este saber, pues al no participar personalmente en él no puede tener la seguridad, el convencimiento personal de haber conquistado la verdad, sino que de modo indirecto, secundario, por la confianza que otorgue a quien tenga este saber; es lo que se denomina fe humana, que le permite a una persona afirmar como verdad lo que otra asevere como tal, en virtud de la confianza que deposita en ella.

En el extremo opuesto, el puro animal y también el hombre tienen un conocimiento inmediato en el saber sensible, que capta en un instante lo que afecta a su cuerpo.

4.4.3. *Relaciones entre ambos saberes*

El saber intuitivo en relación con el saber racional es, en primer lugar, excepcional, y en segundo es como una avanzada audaz, que, cual estilete de luz, penetra en el campo de lo desconocido, pero que es insuficiente, inseguro y no satisface al cognoscente ni convence a los demás, por lo que requiere de la complementación del saber racional, que siendo una luz más difusa, ilumina, aunque con modestia y lentitud, un campo más amplio de la realidad.

4.5. *Clasificación del saber por el modo de conocer*

Otra clasificación del saber, a nuestro juicio la tercera, es la de saber científico, saber filosófico y saber teológico; esta clasificación atiende al modo de conocer del sujeto, entendiéndose por tal el nivel de profundidad en que se conoce el objeto o ser, como también el aspecto u objeto formal del ser por conocer o fin de este conocimiento.

4.5.1. *Saber científico*

Este saber, en sentido estricto o restringido, es el saber experimental, que se aplica a seres integrados por materia, y en cuanto materiales, cuyo fin es conocer su constitución y funcionamiento, que se origina a partir de verdades comprobadas sensible o ex-

perimentalmente, de las cuales se obtienen conclusiones probables, demostrables y relativas.

Este saber es experimental, lo que significa que el científico trabaja, además de con su entendimiento —lo que es obvio y el que es, digámoslo así, su laboratorio interior—, con un laboratorio exterior en el cual ensaya, prueba, analiza, sintetiza, calcula, mide, pesa al ser objeto de su estudio; este laboratorio en donde experimenta puede ser el usualmente conocido como tal, como también, con algunas limitantes, el laboratorio que es la sociedad, si el objeto por estudiar es ésta, o bien y, por último, el cosmos, sobre el cual no podrá experimentar, pero sí calcular los movimientos de sus astros y analizar su componentes.

Este saber se aplica a seres integrados por materia, y en cuanto materiales, ya que éstos son los únicos que pueden ser objeto de experimentación; son seres exclusivamente integrados por materia los minerales, los vegetales y los animales y, por último, aunque no exclusivamente, el hombre.

El fin de este saber es conocer la constitución material del ser y su funcionamiento, para cuyo conocimiento la ciencia experimental es la única competente.

Este saber se origina a partir de verdades comprobadas sensible o experimentalmente, lo que significa que el científico que trabaja con seres materiales en cuanto materiales, o considerándolos en su aspecto material, tiene como principio de su saber lo que puede probar como verdadero por medio de la experiencia o sensiblemente.

Este saber proporciona conclusiones probables, demostrables y relativas, es decir, que tienen un grado de certidumbre que varía según diversos factores, y que tocan los extremos de la certeza y de la posibilidad, que son racionales, razonables o entendibles por la razón y que no son absolutas, no son incondicionadas, sino que, por el contrario, son condicionadas o relativas a la calidad de los instrumentos que usa el científico, respectivamente.

4.5.2. *Saber filosófico*

La filosofía es el saber especulativo que se aplica a todo ser, cuyo fin es conocerlo por sus causas primeras, que se origina a partir de los axiomas evidentes, de los cuales obtiene conclusiones seguras, demostrables y necesarias.

Este saber es especulativo, lo que significa que el filósofo trabaja exclusivamente con su entendimiento, el que es su único laboratorio, con el cual reproduce en sí mismo la esencia de todo ser, como también descubre su origen y finalidad.

Este saber se aplica a todos los seres, tanto a los reales cuanto a los ideales o pensados.

El fin de este saber es conocer la constitución esencial del ser, su origen y fin, para cuyo conocimiento la ciencia filosófica es la única competente.

Este saber se origina a partir de los axiomas, que son los primeros principios evidentes e indemostrables del orden natural, como son los principios de contradicción, que dice que una misma cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y por el mismo concepto; el de identidad, que dice que todo ente es igual a el mismo, o lo que es, es; el de razón suficiente, que dice que nada es sin razón suficiente, o que todo ser tiene su razón de ser en sí mismo o en otro ser; y el de tercio excluso, que dice que entre dos juicios opuestos entre sí contradictoriamente no es posible un tercero, o que no pueden ser ambos falsos.

Este saber proporciona conclusiones seguras, demostrables y necesarias, es decir, que aceptados los principios, causas o antecedentes, los efectos o consecuentes son ciertos o certeros, racionales, razonables o entendibles por la razón y absolutos o incondicionales, respectivamente.

4.5.3. *Saber teológico*

La teología es el saber contemplativo de Dios y de su relación con el mundo, cuyo fin es conocerlo, que se origina a partir de la revelación y que con la ayuda de la razón obtiene con-

clusiones seguras, indemostrables y necesarias.

Este saber es eminentemente receptivo, lo que significa que el teólogo trabaja, principalmente, para que su entendimiento esté abierto para recibir la iluminación de Dios, que le revela parte de su ser y de su relación con el mundo, como también trabaja con su entendimiento para elaborar los datos recibidos de Él.

Este saber se aplica, como lo indica la palabra, propiamente a Dios, pues la teología es la palabra acerca de Dios, aun cuando también y, por extensión, se aplica a todo cuanto Dios ha dicho del mundo, en particular del hombre, que es el principal integrante de éste.

El fin de este saber es conocer a Dios, no sólo su existencia y actuar u operar exterior, que son cognoscibles por la razón o saber natural, que se denomina Teología Natural o Teodicea, sino que aquella parte o aspecto de su ser y actuar que Él mismo ha revelado y que por el saber natural jamás el hombre podría conocer; así también con respecto al hombre y al mundo, el fin de la teología es mostrar al hombre lo que éste no podría jamás conocer de sí mismo y del mundo. Con otras palabras, lo que la teología es, o el fin de la teología, ya que los seres son también por su fin, es lo que Dios quiere que el hombre conozca de sí mismo, del mundo y del hombre, que éste nunca podría conocer por la limitación de su entendimiento.

Este saber se origina a partir de los datos de fe contenidos en la Revelación —Antiguo y Nuevo Testamento—, los que son incognoscibles por el hombre, ya sea por razón o por intuición; la fe, entonces, es el principio de la teología.

De este saber original, que es el saber de fe, el teólogo obtiene conclusiones seguras, indemostrables y necesarias, es decir, que aceptados los principios, causas o antecedentes, que son los denominados artículos de fe, el teólogo obtiene conclusiones ciertas o certeras, aunque indemostrables, por-

que el primer dato del cual parte el razonamiento es superior al entendimiento humano y absolutas o incondicionales, respectivamente.

El saber teológico del que hemos hablado se refiere a la teología revelada o sobrenatural, ya que existe una teología natural, que es aquella que estudia a Dios fundada en la sola capacidad cognoscitiva natural del hombre, es decir, que prescinde de la revelación y parte de los datos que el hombre puede conquistar en virtud de la capacidad natural de su entendimiento. Esta teología forma parte del saber filosófico y se la denomina Teología Natural o Teodicea.

4.5.4. *Relaciones entre ciencia, filosofía y teología*

A nuestro juicio, tres son los aspectos en que vemos relaciones entre la ciencia, la filosofía y la teología, que son en el ser, en la jerarquía y en la potencialización.

En cuanto al primero, que es el ser, consiste en que la ciencia, la filosofía y la teología son saberes que nos permiten conocer a todo el ser y a todos los seres, del modo limitado en que es capaz de conocer el hombre.

En cuanto al segundo, que es la jerarquía, significa que estos saberes no están en el mismo nivel jerárquico o de importancia por lo que se refiere al objeto propio al bien que proporcionan y por el modo de conocer.

El objeto propio de la ciencia es todo ente material en su exclusivo aspecto material, pues para este último aspecto la ciencia es competente; procura conocer cómo es el ser y cómo manejarlo adecuadamente; el objeto propio de la filosofía es todo ente, cualquiera sea su esencia: material, corpóreo-espiritual o espíritu puro; procura conocer qué es el ser y cómo tratarlo adecuadamente; el objeto propio de la teología es Dios y su relación sobrenatural con la creación, conocidos por la fe o creencia en la revelación; procura conocer la parte del misterio de Dios, del hombre y del mundo que Dios mismo ha revelado.

El bien que proporciona la ciencia es un bien natural material, que es la verdad científica, que es básicamente necesario para la subsistencia física del hombre y en un nivel superior, útil para el desarrollo de su ser, en el aspecto corpóreo del mismo; el bien que proporciona la filosofía es un bien natural inmaterial, que es la verdad filosófica, que en el grado de saber común o vulgar es básicamente necesario para la subsistencia espiritual del hombre y en un nivel superior, útil para el desarrollo de su ser, en el aspecto espiritual del mismo; el bien que proporciona la teología es un bien sobrenatural que es la verdad teológica, es el supremo bien que es Dios, que es necesario para la subsistencia corpórea y espiritual del hombre, es decir, para su subsistencia como hombre, como también para ordenar lo material a lo espiritual y lo espiritual a lo sobrenatural, en virtud de que Dios es el fin último del hombre y todo ser; la afirmación de que la teología o creencia en Dios —incluso como creencia natural en El, es decir, como teología natural— es necesaria para la subsistencia del hombre, aparece posiblemente como exagerada, como temeraria y, por tanto, como probablemente falsa, pero no lo es, ya que si desaparece de la visión del hombre una causa última ordenadora que esté por sobre su poder, aparece necesariamente para sustituirla una falsa causa última ordenadora, manejada ésta por el hombre, lo que hace surgir la lucha del hombre en contra del hombre, que puede provocar su desaparición de la faz de la tierra, que es el peligro que hoy amenaza a la humanidad.

El modo de conocer específico o particular de la ciencia es la experimentación, es el manejo de lo material; el modo de conocer específico o particular de la filosofía es la contemplación, es la especulación o reproducción inmaterial en el entendimiento de lo contemplado; el modo de conocer específico o particular de la teología es también la contemplación, la contemplación de aquella parte escondida

de Dios que El revela al hombre y que sólo el hombre humilde, que se reconoce pobre delante de El puede comenzar a tener, pues para contemplar a Dios, para comenzar a hacer verdadera teología debemos despojarnos de toda atadura que nos encadene a visiones de seres inferiores; de lo dicho se concluye que el mejor teólogo es el santo, afirmación que la historia comprueba inexorablemente.

En conclusión de todo lo dicho, la disposición jerárquica de estos saberes es, primero, el saber teológico, segundo, el saber filosófico y, tercero, el saber científico.

En cuanto al tercero, que es la potencialización, significa que de estos tres saberes hay uno que enriquece, que hace surgir al siguiente y, a su vez, éste al último, ya sea referido a quien cultiva estos saberes, o referido a los saberes mismos; por último, antes de mostrar esta relación debemos decir que el primer saber potenciador debe bastarse a sí mismo, lo que entendemos como que debe contestar a la pregunta más fundamental que se refiera al ser más importante.

De acuerdo a lo dicho, consideramos que el primer saber potenciador es el saber de fe, que es desarrollado por la teología, por contestar a la pregunta más fundamental que se refiere al ser más importante que es Dios, siendo esta pregunta ¿quién es Dios? Además, y en abono de la afirmación antes hecha, si preguntamos a la historia cuál es el primer saber que el hombre ha tenido, ésta nos contestará, recogiendo la más antigua tradición oral que recogen los más antiguos escritos, que es el saber teológico, saber teológico natural que sirve de savia nutricia a los primeros pensadores y que posteriormente en la revelación proporciona a los teólogos, y a los filósofos, como también a los músicos, pintores y escultores, material abundantísimo de sabiduría que enriquece y orienta al entendimiento que quiere conocer mejor lo que está naturalmente a su alcance. En el plano institucional, la Iglesia, que es la depositaria de la revelación,

ha sido, a lo largo de su historia de casi dos mil años, la más importante, decidida y decisiva propulsora de la cultura profana en su más amplio espectro, ya sea por iniciativas de su autoridad más alta que es el Papa, de sus representantes que son los Obispos, o de las Ordenes y Congregaciones religiosas, que han contribuido a salvar el legado de la cultura antigua o precristiana, primero, y que han fundado instituciones de enseñanza de todo nivel y propósito, como son las universidades entre otras, después.

En donde ha habido una teología y una fe como base y principio de aquélla, más espiritual, más depurada de contaminación material y natural, ha surgido con mayor fuerza un pensamiento más racional y la historia del Occidente, en especial del católico, muestra la verdad de lo dicho, de tal modo que no es una exageración la afirmación que dice que el pensamiento surge de la fe, de la fe verdadera.

En el plano personal, el saber de fe, limitado a los principios revelados y sin ningún razonamiento o conclusiones de la misma, que para el efecto que señalamos a continuación no es necesario más, fortalece la voluntad e ilumina al entendimiento permitiéndole dedicarse con mayor atención y ver con mayor claridad lo que el hombre quiere conocer; esta es la experiencia de innumerables sabios a lo largo de la historia, contada por ellos, a la que agregamos la nuestra, modesta, pero para nosotros muy importante.

El segundo saber potenciador es el filosófico y lo es por dos razones; la primera, por contestar a la segunda pregunta más importante que se refiere a todo ser, siendo esta pregunta: ¿qué es el ser?, y la segunda, porque enseña, a través de la lógica, que es una parte de ella, a pensar, a razonar, a ver con método adecuado o verdadero la realidad. Además, y en abono de la afirmación antes hecha, si preguntamos a la historia cuál es el segundo saber que el hombre ha tenido, ésta contestará, recogiendo la más antigua tradición oral que recogen los

más antiguos escritos, que es la filosofía, que mueve a preguntar al hombre por qué existe el ser y no la nada.

En el plano personal la filosofía, especialmente por medio de la lógica, forma la mente del hombre enseñándole a pensar, saber pensar que es un requisito previo a toda manipulación de la naturaleza, que es el campo propio de la ciencia experimental, y por ello es que la filosofía surge antes que la ciencia experimental, como también es que hay científicos en aquel ámbito cultural en donde hay o ha habido filosofía que influya o haya influido en la historia del hombre.

Por último, el saber científico o experimental no es potenciador de ningún otro, porque no hay ningún otro saber inferior a él, sino que es el saber potenciado por los anteriores, en especial por el filosófico; este saber, como ya lo hemos señalado, contesta a la pregunta cómo es el ser, que es la tercera y última pregunta que se refiere solamente a los seres constituidos por materia y en cuanto a la materia misma.

Al terminar el análisis del tema de las relaciones entre la ciencia, la filosofía y la teología nos parece oportuno tratar el controvertido tema de si existe o no una filosofía católica.

A nuestro entender —hay distinguidos autores que piensan lo contrario— no existe una filosofía católica, en que necesariamente por el orden de la oración lo sustantivo es lo filosófico y lo adjetivo lo católico, así como tampoco puede haber un catolicismo filosófico, en que, por la misma razón anterior, lo sustantivo es lo católico y lo adjetivo lo filosófico.

A nuestro juicio, en este nivel de las relaciones de los saberes, que es el primero y más amplio, no existe una amalgama o función del saber filosófico, que es saber natural, con el saber católico, que es saber de fe, ya sea que el uno actúe como adjetivo del otro o al revés, ni tampoco en que uno sirva como antecedente o como fundamento intrínseco del otro, así como las matemáticas lo son de la música,

o la geometría de la astronomía, por ejemplo.

En este nivel de las relaciones entre saber de fe y saber de razón, si la filosofía, que es razón, incorpora a su sistema de proposiciones y de afirmaciones las aseveraciones propias del saber de fe —como son los denominados dogmas—, el efecto que se produce para ella es que deja de ser filosofía —saber racional— y pasa a ser, en algún sentido y proporción, saber de fe, religión; a su vez, si el catolicismo, que es fe, incorpora a su sistema de proposiciones y de afirmaciones las aseveraciones propias del saber de razón —como son las denominadas tesis filosóficas—, el efecto que se produce para él es que deja de ser religión —saber de fe— y pasa a ser, en algún sentido y proporción, saber natural, filosofía, o incluso, más bajo aún en la jerarquía de los saberes, sociología o economía, principalmente.

Lo que sí existe es adecuación de la filosofía al catolicismo y, por tanto, del filósofo al creyente que puede haber en todo hombre, es decir, aceptación por la filosofía y por el filósofo de las verdades de fe, como, a su vez, reconocimiento por el creyente de la teología y fe y, en último término, por la Iglesia Católica de una filosofía compatible con la fe, que siendo un saber completo, con origen, esencia y fin propios, pueda servir como instrumento racional para explicar hasta donde sea posible el saber de fe.

En este último sentido es cierto que puede hablarse de una filosofía católica, pero consideramos que los términos usados son inadecuados y que es más correcto hablar de una filosofía aceptada por la fe, por el catolicismo, mejor aún, por la Iglesia Católica que habla por intermedio de su autoridad superior que es el Papa. Esta filosofía es la denominada por la Iglesia filosofía perenne.

4.6. *Clasificación del saber según el tiempo en que se conoce el ser*

Otra clasificación del saber, a nuestro juicio la cuarta, es la que considera el tiempo en el cual se conoce al ser,

y, según ello, el saber puede ser histórico, actual y futuro.

4.6.1. *Saber histórico*

El saber histórico es aquel que se refiere al pasado; es el conocimiento que el hombre ha tenido en el pasado; este saber ha tenido cambios que consisten en un progresivo perfeccionamiento del mismo, en el que han participado muchos hombres, cada uno de los cuales ha aportado casi siempre una pequeña contribución. El saber histórico es el conocimiento del desarrollo del conocimiento humano.

El saber histórico se aplica a todos los seres —a los que cambian como a Dios que no cambia—, ya que de las criaturas y del creador el hombre ha tenido un conocimiento que ha ido variando en el sentido indicado.

4.6.2. *Saber actual*

El saber actual es aquel que conoce al ser en el presente, en su realidad de hoy; es, por tanto, o al menos puede y debe serlo, el saber más depurado de errores, el más amplio y profundo, ya que está constituido sobre la base del aporte del saber especulativo y práctico de los hombres del pasado, que el de hoy puede aprovechar si conoce la historia.

El presente, en sentido lato como también social, es la época en que vive el que conoce; así, para un hombre de 80 años es presente los 80 anteriores de su vida, para otro de 20 es presente tan sólo los 20 años anteriores. Desde el punto de vista de la periodificación de la historia, la época contemporánea comienza —hoy día para nosotros— con el siglo XX, particularmente con la primera guerra denominada mundial de 1914-1918.

4.6.3. *Saber profético*

El saber profético es aquel que conoce al ser en el futuro, en su posibilidad de ser, que para el profeta es una realidad, sometida sólo a la espera del plazo para su existencia, sin que ninguna condicionalidad pueda

modificar o hacer desaparecer el hecho predicho, que el profeta ve como realidad antes que suceda. Hay un saber profético que no está fundado en la realidad, que está constituida por los hechos del presente y del pasado, que son inamovibles y cognoscibles, sino que en una intuición o en una revelación de Dios; este saber profético, en especial el último, es el verdadero y certero saber; el otro saber profético está fundado en la realidad, en un profundo conocimiento del pasado y del presente, de los cuales es posible extraer líneas de conducta humana, aun cuando con toda la incertidumbre que surge de la inalienable libertad del hombre, como así también de la acción rectora de la historia por parte de Dios, que puede hacer cambiar bruscamente el aparente sentido del pasado y del presente y hacer fracasar la previsión del futuro; este saber profético, por su posibilidad de error, tiene variables que van desde ser un saber profético probable hasta un saber profético posible.

4.6.4. *Relaciones entre estos saberes*

Las relaciones entre los saberes históricos, actual y profético, en especial, entre los dos primeros, son muy estrechas; lo son porque los tres se unifican ante una única realidad que es común a ellos, que es el tiempo; el tiempo es el común denominador de estos tres saberes, que enhebra por un mismo hilo la corriente de la vida humana, que tiene como sujeto al hombre, que es el único ser histórico, y a todos los demás seres, que son las cosas temporales, que sólo tienen movimiento físico.

El presente —que es un instante— que separa, como también une, el antes con el después, el ayer con el mañana, cualquiera sea la permanencia convencional que le demos al presente en relación con el pasado y con el futuro y cualquiera sea también la prolongación temporal que le otorguemos a éstos, está unido umbilicalmente, entrañablemente con el pasado, pues el pasado está en el presente, condicionándolo en el caso del

hombre, determinándolo en el caso de los seres naturales, así como también el futuro está en el presente, ya que desde éste el hombre proyecta su futuro y los seres naturales se mueven, es decir, cambian, con la lentitud con que para el hombre se mueven los astros en el firmamento.

El saber temporal, que contempla el pasado, observa el presente y escudriña el porvenir, no puede separar completamente lo que en la realidad está tan unido.

4.7. *Clasificación del saber según su exteriorización.*

Otra clasificación del saber, a nuestro juicio la quinta y última, es la que considera la aplicación o exteriorización del saber y, según ello, el saber puede ser especulativo y práctico y éste, a su vez, ser factible y ágil.

4.7.1. *Saber especulativo*

El saber especulativo consiste en aprehender intelectualmente al objeto; consiste en reproducirlo en la mente así como el espejo reproduce en él al objeto que se le coloca delante; a este saber, que también se le denomina teórico, se llega por medio de la contemplación, que es la actitud integral del hombre, es decir, no sólo espiritual sino que también corporal por la que el contemplante se entrega por completo al ser contemplado, por completo abierto de mente y de corazón para recibirlo y captarlo totalmente.

El saber especulativo, cuando más, concluye en un escrito, en prosa o en verso, por el cual el cognoscente expresa lo conocido, lo que le puede resultar muy difícil de decir llana o inteligiblemente si la profundidad del saber que proporciona la contemplación, como también la riqueza del ser contemplado, no resultan fáciles de manifestar, si no existen o no encuentra las palabras adecuadas para expresar lo sabido; de aquí el lenguaje muchas veces esotérico de la poesía mística de los grandes contemplativos de Dios, todos ellos grandes santos.

Este saber también puede concluir en una partitura musical, que es un escrito diferente, acerca del que debemos repetir lo que decíamos respecto del anterior, con la diferencia de que el lenguaje musical siempre tiene medios para que el músico diga lo que sabe, mejor dicho, oye, pues el músico contempla inicialmente con el oído, así como el pensador principalmente con la vista y el creyente con la fe que surge del oír, ya que nada puede llegar al entendimiento que no pase primero por los sentidos.

Este saber contemplativo es el filosófico, que es el saber más profundo del orden racional al que el hombre puede llegar, y que por lo mismo es de difícil expresión o comunicación, ya que las palabras pueden no ser el medio más exacto para comunicar un contenido o verdad; por ello es que la virtud más importante del filósofo, aparte de su inteligencia para captar al ser, es la de poder comunicar su conocimiento con claridad y concisión con palabras de uso común hilvanadas con armonía y simplicidad.

4.7.2. *Saber práctico: saber factible y saber ágil.*

El saber práctico consiste en el saber especulativo aplicado a un ser específico para producir un efecto determinado; a este saber, que también se le denomina operativo, del latín *opus*, que significa obra, se llega por medio de la virtud de la prudencia que usa el saber especulativo para aplicarlo a un ser y producir un efecto querido.

El saber práctico depende de la prudencia del actor que debe saber cómo poder aplicar su saber especulativo a una realidad concreta para producir un efecto en ella, como también depende de su habilidad manual o pedagógica —según sea una cosa o el hombre— el ser sobre el que actúa.

El saber práctico necesariamente concluye en una obra preexistente, ya que la modificación de ésta es la característica de este saber, que si es una cosa, el saber práctico que la modifica se denomina saber práctico

factible, y que si es el hombre, el saber práctico que lo modifica se denomina saber práctico ágil.

El saber práctico factible —de *facio*, *facere*, *hacer*— que da origen a la técnica o arte, consiste en saber hacer y en enseñar saber hacer una obra material formalmente bien hecha o perfecta, aun cuando también es posible concebir a la técnica, al arte y al saber práctico factible como procedimiento para hacer bien algo, incluso, por ejemplo, pensar, a lo que se llama universalmente lógica, pero esta extensión del sentido del término nos parece inadecuada.

El saber práctico factible es el común denominador de todos los saberes específicos o particulares que tienen por fin modificar las cosas o la naturaleza, como son, por ejemplo, en cierto aspecto, la medicina, e integralmente la arquitectura, la pintura, la escultura, la ingeniería, la construcción, etc.

El saber práctico ágil —de *ago*, *agere*, *actuar*—, que da origen a la moral, consiste tanto en saber actuar como en saber enseñar a actuar a los demás, para hacer del hombre un hombre bueno moralmente.

El saber práctico ágil es el común denominador de los saberes específicos o particulares que tienen por fin hacer mejor espiritualmente al hombre, que son la moral, el derecho y la religión.

4.7.3. *Relaciones entre ambos saberes*

Al decir relaciones entre ambos saberes nos referimos a los saberes especulativo y práctico.

Pues bien, las relaciones entre ambos saberes son tan estrechas como lo son las relaciones entre la causa y su efecto; la razón de este hecho reside en que el saber práctico es precisamente, nada más y nada menos, el saber especulativo aplicado; por tanto, según sea la calidad del saber especulativo que se posea, será la calidad del saber práctico o aplicación de aquél, aun cuando también influyan en ésta factores tan importantes como son la prudencia y las habilidades pedagógicas y manuales, según sea

agible o factible el saber práctico aplicado.

5. ORIGEN DEL SABER

El saber existe en el hombre como algo adquirido, es decir, el saber no existe nativamente en él o con él, sino que tiene un origen o comienzo en el hombre; ahora bien, el ser humano puede adquirir saber porque su ser está preparado, está dispuesto naturalmente para poseer saber; esta disposición natural es la receptividad del entendimiento que puede captar, a través de los sentidos, a todo ser que se ponga ante su presencia. La presencia del ser del cual puede saberse algo —que puede ser presencia visual, auditiva, táctil, e incluso olfativa y gustativa— es indispensable para poder saber, ya que el origen del saber está en la presencia del objeto ante el sujeto cognoscente.

Dicho lo anterior, debemos distinguir en el origen del saber, el saber natural del saber sobrenatural. El primero tiene su origen en la realidad natural, que el entendimiento capta; el segundo tiene su origen en un don gratuito de Dios, que es la gracia divina, que comunica al entendimiento del hombre una proposición determinada, que por venir de Dios es verdadera y cierta.

En el origen de ambos saberes la función del hombre, del hombre que sabe frente al que no sabe, es ordinariamente muy importante, ya que en ambos el primero es un intermediario, un puente entre el ser por conocer y el hombre que no sabe, pero que quiere saber sobre ese ser para él desconocido.

Lo anterior ocurre en el saber natural y de este hecho deriva su importancia la instrucción y la educación, como también la pedagogía como método para dar saber de modo adecuado; pero también lo dicho sucede en el saber sobrenatural, ya que ordinariamente Dios se comunica con los hombres por intermedio del hombre y de este hecho deriva su importancia el apostolado y la justificación del

mandato de Jesucristo de "Id y predicad el Evangelio a toda criatura...", ya que por el ejemplo y la palabra el hombre que no tiene fe puede adquirirla.

6. FIN DEL SABER

Entendemos por fin del saber el objetivo que con cada saber conquista el hombre, así como también el objetivo del saber en general, en el cual distinguimos un fin inmanente y un fin trascendente.

6.1. *Fin de cada saber*

Al objetivo de cada saber lo encontramos implícito en la definición de cada uno de los saberes que hemos señalado al estudiar la esencia del saber en el apartado N° 4 de este trabajo. No obstante, creemos conveniente señalar en éste, de modo explícito, lo que antes lo estaba sólo envuelto en las definiciones.

Para tratar este tema, de manera concisa como hasta ahora todos, seguiremos paso a paso a todos los saberes según las clasificaciones que hemos hecho, aun cuando en una de éstas no haya nada que decir de particular por estar incluida en otra específica en cuanto a este tema: son los saberes intuitivo y racional que forman parte del saber natural.

El saber natural tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de los seres en el nivel o aspecto de los mismos que puede descubrir o conquistar con la sola fuerza de su potencia intelectual, que cual foco de luz y taladro ilumina y penetra a todo ser para conocerlo cada vez más amplia y profundamente, hasta un límite que el hombre se esfuerza por alejar cada vez más de sí.

El saber sobrenatural tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de Dios y del hombre en el nivel o aspecto de ellos que no puede descubrir o conquistar con la sola fuerza de su potencia intelectual, en el cual ésta es impotente para conocer y si conoce es porque ha recibido la ilumi-

nación de la revelación que comunica al entendimiento humano un determinado saber.

Los saberes racional e intuitivo, que pertenecen al saber natural, tienen el mismo objetivo que éste, ya que el razonamiento y la intuición sólo pueden comenzar a partir del conocimiento del ser, ya sea este conocimiento natural o sobrenatural y esta actividad —la de razonar o la de intuir— surge del entendimiento, pero no es recibida por él, pues si así lo fuere, cosa que podría pensarse para la intuición, pasaría a ser saber sobrenatural, saber recibido por revelación.

El saber científico —o ciencia, en sentido restringido— tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de los seres constituidos por materia, aun cuando sea parcialmente, de su materialidad misma, en cuanto a su origen próximo, funcionamiento y fin inmediato.

El saber filosófico —o filosofía— tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de los seres por sus causas últimas, es decir, materia, forma, origen y fin.

El saber teológico —o teología— tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de Dios, principalmente, y del hombre, secundariamente, según el saber contenido en la revelación, el que es desarrollado por el entendimiento humano usando para ello al saber natural.

El saber histórico —o historia— tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento del pasado, tanto de los hechos pretéritos, cuanto del pensamiento y conocimiento de los hombres del pasado.

El saber actual tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento del ser en el presente, que es el día o período más largo de tiempo en el que el cognoscente conoce; así, por ejemplo, si el ser estudiado es el hombre, se procurará conocerlo en su estado presente, con sus ideas y creencias, con sus facilidades y dificultades de hoy.

El saber profético tiene como objetivo dar al hombre un anuncio, un

saber anticipado de lo que ocurrirá, lo que le permite, en el caso de la profecía religiosa, que es el ámbito en donde más se da, cambiar su conducta para obtener el bien que pretende, ya que —la historia lo muestra— el saber profético casi siempre es anunciador de males que ocurrirán en castigo de la conducta inmoral de los hombres, los cuales no sucederán si mejoran su proceder.

El saber especulativo tiene como objetivo dar al hombre el más completo conocimiento del ser, ya que por él se apodera del objeto, haciéndolo suyo espiritualmente. Este saber, en cualquiera de sus grados y de modo especial en el último, es el más importante saber, ya que por él tomamos contacto con nuestra circunstancia, siendo el primer paso para dominarla, en el caso de lo que es inferior al espíritu humano, y para elevarnos, mejorándonos, en el caso de Dios y de los seres que son mejores que nosotros.

El saber práctico —factible y agible— tiene como objetivo dar al hombre un conocimiento de cómo actuar con la naturaleza y con las personas, para producir en la primera y hacer de éstas cosas y seres humanos perfectos, respectivamente.

6.2. *Fin del saber en general*

En cuanto al fin del saber en general distinguimos dos fines, uno inmanente y otro trascendente.

6.2.1. *Fin inmanente al saber*

Entendemos por fin inmanente al saber el que permanece en la cosa, que pone su acento en el ser del que sé algo, aislado este saber de toda otra consideración que no sea el objeto y su conocimiento por el sujeto cognoscente; el saber inmanente hace al hombre sabio en el sentido amplio de la palabra que se aplica al que sabe algo.

6.2.2. *Fin trascendente al saber*

Entendemos por fin trascendente al saber el que pasando por la cosa pone

su acento en el sujeto que conoce, vinculando este saber al ser íntegro del sujeto cognoscente y a su fin; el saber trascendente hace al hombre, además de sabio, bueno, pues le permite lograr una mejor relación con el ser, es decir, usarlo mejor, si es cosa, o convivir mejor con él, si es persona, conseguir una mayor perfección personal y, por último, y como coronación de todo lo anterior, servir a Dios, que es el autor y señor de todos los seres, con lo que, de paso, logra su íntegra plenitud de ser, que es la sobrenatural.

7. MEDIOS PARA CONQUISTAR EL SABER

El saber es una cualidad o riqueza que el hombre conquista a través de un proceso, método o camino, que le demanda un esfuerzo personal y un tiempo mayor o menor en su intensidad y extensión, respectivamente, según sean las condiciones espirituales y físicas del cognoscente y de lo velado del ser por conocer; constituye una excepción a lo anterior el saber intuitivo, pues en éste el que sabe adquiere su saber en un instante, sin que haya esfuerzo ni distancia para salvar la separación que existe entre el ignorante y el que sabe: en menos de un segundo pasa de aquel estado a éste.

Entendemos por medios para conquistar el saber tanto las condiciones personales que debe poseer y ejercer quien pretende adquirir el saber, cuanto los instrumentos y condiciones externos que son necesarios y útiles para lograr este fin.

Las condiciones externas se resumen en el ambiente que rodea al que quiere lograr saber, las que son comunes a todo saber, y que son lugar adecuado, silencio exterior y cultura circundante, expresada en libros de calidad y en personas cultas.

Los instrumentos—tanto materiales cuanto inmateriales—son los medios que el cognoscente utiliza para conquistar el saber, los que tienen que ser de la misma naturaleza del aspecto del ser por conocer. Estos instrumentos son desde cosas manejables por el

cognoscente, como herramientas, ya sean simples o complejas, como son las que se usan para adquirir el saber científico práctico; libros que contienen saber de diferente grado y clase, que el estudioso debe elegir con prudencia de acuerdo a su nivel de ignorancia, de tal modo que pueda ascender paso a paso de un saber menor a uno cada vez mayor, ya que al no hacerlo así, al pretender saltar etapas, el esfuerzo puede resultar inútil y aún contraproducente; por último, el entendimiento y la voluntad, que son las dos facultades por las que se expresa el espíritu, que el cognoscente debe usar sin dispensa alguna, pues de otro modo nada puede llegar a saber.

Las condiciones personales son los instrumentos inmateriales del entendimiento y la voluntad, comúnmente denominados facultades del espíritu, espíritu que al ser la forma substancial del hombre, es, por tanto, el hombre mismo en un aspecto de su ser, que se expresa a través del entendimiento y voluntad que conoce y quiere, respectivamente; estas facultades o condiciones personales son, en cuanto tales, las mismas en todo hombre, pero existencialmente son diferentes de un ser humano a otro; así, hay hombres más inteligentes o más tenaces que otros y la razón de esta diferenciación, que es un hecho indiscutible, radica no en el solo espíritu, que por ser simple no admite distinción en un hombre de otro, sino que en su operatividad a través del cerebro, principalmente, como también de todo el cuerpo.

Ahora bien, de esta operatividad cada hombre es responsable, porque cada hombre es libre, si no absoluta, sí condicionalmente a partir de su propia realidad recibida, de tal modo que cada hombre es responsable de usar bien, regular o mal, el caudal de inteligencia y voluntad recibidas y, por tanto, de incrementarlas, mantenerlas o disminuirlas.

Los señalados hasta aquí son los medios para conocer o saber en cuanto al saber en general. Ahora pasaremos a señalar los medios para conquistar el saber particular, según la

clasificación del saber que hemos hecho en el número 4 de este trabajo.

Para conseguir el saber natural es necesario usar los medios antes señalados, sin mayor especificación, pues el saber natural corresponde al saber en general, menos el saber sobrenatural o de fe.

Para conseguir el saber sobrenatural es necesario, a nuestro juicio, ejercer tres virtudes referidas todas ellas a Dios; la primera es la humildad, por la cual nos apreciamos exactamente a nosotros mismos, lo que nos permite comprobar cuán limitado somos en nuestro entendimiento de Dios; la segunda es la pobreza, por la cual nos confesamos menesterosos, necesitados de Dios, lo que nos permite o justifica pedirle a El que nos llene con su riqueza, que es El mismo que se nos da en su conocimiento, que, aunque limitado, es suficiente; y la tercera es la confianza de que el conocimiento de Dios, conocimiento este sobrenatural, es verdadero, ya que El, por su infinita perfección, no puede engañar al hombre.

Para conquistar el saber racional es necesario, en primer lugar, la observación atenta y profunda del ser por conocer, como también, en segundo lugar, ordenar los distintos elementos captables de la realidad de acuerdo al proceso propio del ser que se quiere conocer.

Para obtener el saber intuitivo es necesario que el cognoscente espiritualice su cuerpo o desencarne su espíritu, para que éste pueda actuar sin las ataduras, limitaciones e intermediación del cuerpo, sino que directamente sobre el objeto o tema por conocer.

Para conseguir el saber científico es necesario usar los mismos medios que son necesarios para obtener el saber racional, además de, casi siempre, la experimentación e instrumentos auxiliares de los sentidos humanos.

Para lograr el saber filosófico es necesario usar los mismos medios que son necesarios para alcanzar el saber racional, acompañados por una alta capacidad de abstracción, que le permita al cognoscente prescindir de lo individual y contingente.

Para alcanzar el saber teológico es necesaria la fe en primer lugar y como requisito indispensable, en segundo lugar, la contemplación de aquello que por la fe se conoce, que es Dios, según nos lo presenta la fe, y en tercer lugar, la santidad de vida que es la máxima proximidad a Dios en todas las actividades del cognoscente, santidad que es el efecto necesario de la contemplación y de la fe.

Para conquistar el saber histórico es necesario poseer imaginación para trasladarse mentalmente al pasado de acuerdo a los datos que la investigación histórica proporcione e imaginarse viviendo la vida de ese pasado, único modo de conocerlo verdaderamente.

Para conseguir el saber actual o del presente es necesario usar de todos los medios anteriores, pues el presente no está integrado sólo por el qué y el cómo de los seres, sino que también por el por qué y el para qué de ellos, es decir, por el pasado y por el futuro, pero, además, este presente no es sólo el efecto del actuar del hombre, sino que también y muy principalmente por el actuar de Dios, que es el verdadero señor de todos los tiempos, del pasado, del presente y del futuro.

Para obtener el saber profético es necesario también usar de todos los medios anteriores, pero principalmente del saber sobrenatural y secundariamente del saber intuitivo, pues en especial el primero, por poner en contacto al hombre con Dios, le permite participar en algo de su sabiduría o conocimiento, que se extiende también al futuro, pues para El no existe límite alguno a su saber.

Para lograr el saber especulativo es necesario usar la contemplación, es decir, la observación del ser del cual yo quiero saber algo, con la cual el espíritu más que refleja, se hace la cosa conocida.

Para alcanzar el saber práctico es necesario, además de la contemplación, pues sin ésta no hay práctica alguna que sea humana o racional, la acción sobre el ser que se conoce, que permite comprobar la verdad de

la captación especulativa del ser conocido; la operación sobre el ser es lo que caracteriza a este saber como tal.

Por último, y en general, para llegar a conocer con la mayor profundidad que al hombre le sea posible, es necesario, lo repetimos, que el cognoscente espiritualice su cuerpo y desencarne su espíritu, para que éste tenga mayor libertad y sea más eficaz su acción de conocer, como también que tenga una vida moral óptima, lo que está muy unido a lo anterior, que consiste en respetar la naturaleza propia y la de todos los demás seres.

8. IMPORTANCIA DEL SABER

El saber o conocer es la actividad más importante que puede desarrollar el ser humano, porque lo especifica distinguiéndolo de otros seres, que por no poder saber según conoce el hombre pasan a ser inferiores a él y porque le permite progresar hacia su perfección elevándose a un nivel incluso superior a su esencia corpórea-espiritual.

Por el contrario, sin saber el hombre es igual a un animal, ya que es —salvo que le sobrevenga una enfermedad que lo prive de sensibilidad— un animal, es decir, un ser con alma sensible, de tal modo que no puede descender del nivel del conocimiento correspondiente, por lo tanto, adquiere necesariamente al menos este tipo de saber, por el cual se ubica al mismo nivel de los brutos que sólo tienen saber sensible o animal.

Por la posesión del saber racional, que podemos llamar también saber espiritual o natural del hombre, el ser humano se hace plenamente tal y puede progresar hacia su perfección natural y dominio de la naturaleza mediante la filosofía, la ciencia y la técnica: el saber racional llevado a su plenitud hace al hombre sabio y bueno naturalmente, si tiene la voluntad de aplicar el saber moral a los actos que realice.

Por la posesión del saber sobrenatural o de fe, por último, el ser humano se eleva a un plan superior al de su esencia, por el que puede aseme-

jarse plenamente a Dios: el saber de fe hace al hombre santo, santidad que consiste en vivir de acuerdo a las verdades conocidas.

Es posible descubrir un orden en los saberes, el que puede ser temporal y esencial.

En el orden temporal, que se refiere a la secuencia en que se adquieren los saberes, en primer lugar está el saber sensible o animal, por el cual el hombre se equipara con el animal y que le permite conservar su subsistencia física; así, sabe que las temperaturas extremas le son dañinas, sabe que necesita alimento y lo busca, etc.; en segundo lugar está el saber racional, que es el saber propiamente humano por ser de carácter espiritual, que le permite conocer la esencia y funcionamiento de los seres; y por último, en tercer lugar, está el saber sobrenatural, que le permite al hombre conocer verdades inaccesibles a su entendimiento, como son las contenidas en la Revelación, por el cual se asemeja a Dios.

En el orden esencial, que se refiere a la jerarquía o proximidad a Dios de los saberes, en primer lugar está el saber de fe o sobrenatural, porque Dios y el hombre de la Revelación son sus objetos de conocimiento; en segundo lugar está el saber racional, porque todo lo captable por el entendimiento humano es el objeto de su conocimiento; y por último, en tercer lugar, está el saber sensible que tiene por objeto propio sólo las realidades materiales en cuanto tales y afectan al hombre sujeto del conocimiento.

La distinta jerarquía de estos saberes es con facilidad apreciable si recurrimos a lo que nos muestra la historia; al recorrerla vemos que los hombres más influyentes, los más apreciados por los hombres han sido y son —aun cuando hoy día no sea exactamente así y si esto último ocurre es coincidente con una grave crisis humana que nadie discute— en primer lugar los santos, en segundo los sabios en las cosas naturales y los héroes, ocupando lugar preferente los filósofos, y por último los que se preocupan de las cosas puramente materiales o para

satisfacer las necesidades económicas. Así, por ejemplo, Grecia no es conocida por sus abasteros y comerciantes, ni siquiera por sus héroes, sino que por sus sabios y principalmente por sus filósofos, y las naciones que surgen después del derrumbre del mundo antiguo occidental son más conocidas y admiradas por sus santos que por sus filósofos y políticos y lo mismo sucede en las naciones no cristianas.

9. DEFINICIÓN REAL DEL SABER EN GENERAL

El saber no existe en sí mismo; tampoco es el sujeto cognoscente ni está exclusivamente en él con prescindencia del objeto conocido; tampoco es el objeto conocido ni está exclusivamente en él con prescindencia del sujeto cognoscente. El saber es una determinada relación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, en que aquél cumple la función de ser forma del saber y éste la de ser materia del mismo.

Según lo dicho, el saber es una fusión del sujeto cognoscente con el objeto conocido, por la cual quien conoce, sin perder la forma substancial propia, adquiere la forma y materia propia del objeto conocido, en virtud de la capacidad del alma humana de apoderarse, de hacerse todas las cosas por su inmaterialidad conquistando la esencia de cada ser.

Así entonces, el saber es una asimilación, una apropiación de lo asimilable y apropiable del objeto conocido por el sujeto cognoscente, así como un cuerpo que absorbe el calor que a él llega.

En conclusión, podemos definir al saber, en general, como la asimilación del objeto por el sujeto, definición que aparece pobre —y ciertamente lo es— ante la profundidad y extensión de lo que es realmente el saber, pero que la pobreza de las palabras humanas hace inevitable.

10. TODO LO HASTA AQUÍ DICHO SE PUEDE APLICAR AL SABER JURÍDICO

En cuanto a los grados del saber.
Es posible poseer sólo un saber co-

mún sobre el derecho, el que se adquiere del prójimo a través del diálogo, muchas veces informal, que la vida social permite y encauza o de la lectura de diarios y revistas dedicados al público en general, que tendrá la amplitud y profundidad del saber del prójimo y de la palabra escrita.

También es posible adquirir un saber más elevado, como es el de afición, que adquiere quien se interesa más intensamente por conocer el derecho; este saber lo adquieren pocas personas y son generalmente cultivadores de otros saberes, escolares de otras disciplinas académicas que necesitan poseer algunos conocimientos especializados del derecho, como también personas que trabajan en las actividades judicial y administrativa y que se han incorporado a ellas movidos, tal vez, por una atracción o afición por lo jurídico.

Por último, es también posible adquirir el saber jurídico más elevado, que es el saber culto o universitario, que adquieren aquellas personas que tienen la vocación, clara y excluyente de otras profesiones, de querer conocer a fondo y en toda su amplitud el universo, que es el derecho: este es el verdadero saber universitario, académico o culto.

Ahora bien, en este grado del saber, y por el hecho de la limitación humana, es posible distinguir del saber anterior —que es el universal y que logran muy pocos hombres, que son los filósofos del derecho— el saber especializado, que consiste en conquistar un dominio profundo sobre un aspecto, sobre una rama del árbol del derecho.

Así también con respecto a la relación de la teoría con la práctica; en el jurídico se puede distinguir un nivel teórico y otro práctico, distinción que se da en los tres grados del saber antes mencionado.

En cuanto a las clases del saber

En la primera clasificación

Es posible tener un saber sensible sobre el derecho, que en especial lo

posee quien, incluso siendo niño, recibe premio justo o castigo injusto; por este hecho, feliz el primero, desgraciado el segundo, conoce lo que es el derecho o lo que no es el derecho, pero por ello mismo conoce lo que él mismo es o debiera ser. Aquí no surge en el cognoscente ninguna conceptualización sobre el derecho, pues a lo mejor no conoce siquiera la palabra, pero sí conoce o siente en su cuerpo el efecto del mismo, ya sea en su aplicación o en su no aplicación o negación.

Es también posible tener un saber natural o conquistado del derecho, que es el propio del hombre y que lo adquiere por el uso de su entendimiento aplicado a la acción que es el derecho.

Por último, es también posible tener un saber sobrenatural o recibido del derecho, que tiene como fuente el A. Testamento, cuyos principios contenidos en el Decálogo son también conquistables o descubribles por la razón natural —y que es continuado por el Nuevo Testamento—, con el que ocurre lo mismo que con el anterior, todos los cuales principios vienen a reforzar en el hombre de fe lo descubierto por su razón.

En la segunda clasificación

Es posible tener un saber mediato o racional sobre el derecho, que de modo silogístico o deductivo le permite al cognoscente lograr un conocimiento del derecho fundado en razones.

También es posible tener un conocimiento inmediato del derecho, pero ocurre excepcionalmente y se refiere exclusivamente al derecho natural, con respecto al cual una persona puede afirmar que para regular una determinada situación la norma es tal o cual, sin que para dar con la solución haya debido realizar ningún razonamiento; simplemente la intuye.

En la tercera clasificación

Es posible tener un conocimiento científico del derecho, que se refiere

a como, en el hecho, opera el derecho; es el conocimiento del derecho positivo y de su aplicación.

Es también posible tener un conocimiento filosófico del derecho, que se refiere a la naturaleza del hombre, es decir, a como opera la esencia del mismo; es el conocimiento del derecho natural.

Por último, también es posible tener un saber teológico del derecho, que es aquel que partiendo de los datos de la Revelación, con el auxilio de la razón, pretende descubrir el fin trascendente del derecho, es decir, su contribución a la obtención por el hombre de su fin último sobrenatural.

En la cuarta clasificación

Es posible tener un conocimiento histórico del derecho, que consiste en saber cuál ha sido el derecho por el que se ha regido la sociedad desde el inicio de la historia y de su evolución hasta el presente.

Es también posible tener un conocimiento actual del derecho, o, dicho con otras palabras, del derecho vigente, el que puede ser científico, filosófico o teológico.

Por último, también es posible tener un conocimiento profético del derecho, es decir, del derecho que se aplicará en el futuro. Este conocimiento puede referirse tanto al derecho natural, pues, aunque difícil, es posible pensar que algún aspecto de las relaciones humanas no ha sido todavía descubierto como regulable por el derecho y por tanto alguien lo puede descubrir, cuanto al derecho positivo, siendo mucho más fácil el conocimiento profético de este nivel del derecho, ya sea por la incorporación a este derecho de nuevas normas todavía hoy en maceración en el derecho natural, ya sea por la modificación de las actuales del derecho positivo.

En la quinta clasificación

Es posible tener un conocimiento especulativo del derecho, que consiste en el filosófico, que contempla al derecho en su esencia o raíz inmutable,

porque es el que está en la naturaleza humana que no cambia y que, además, es perfecta; este es el verdadero, en cuanto perfecto, conocimiento del derecho, que es el conocimiento del derecho natural. Además existe otro conocimiento especulativo que contempla al derecho no en su esencia o raíz, sino que en su existencia imperfecta y por tanto mutable; este es el conocimiento del derecho positivo, que por ser concreción humana del anterior conlleva las imperfecciones del legislador.

Es posible, por último, tener un conocimiento práctico agible —nunca factible, ya que por el derecho no se hacen ni se mejoran las cosas, a que se refiere lo factible, sino que al hombre, a quien se refiere lo agible— que consiste en saber cómo aplicar el derecho a una realidad humana particular determinada; este conocimiento, que se fundamenta en el anterior, es el más completo conocimiento del derecho y es el propio del gobernante, del juez y del abogado.